LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VI — BARCELONA 14 DE FEBRERO DE 1887 — NUM. 268

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Avenida que conduce al Panorama, dibujo de F. Wahle

LA PASIÓN Y MUERTE DE JESÚS

Grandioso Panorama circular inaugurado en Munich

Un particular de Munich, M. José Halder, tuvo la idea felicísima de presentar al público de la capital de Baviera la pasión del Salvador en un grandioso panorama circular. Hasta aquí el asunto principal de esta clase de cuadros había consistido en viajes por tierras desconocidas y sobre todo en batallas célebres, con sus matanzas, heridos, cadáveres, campos devastados, pueblos incendiados y reducidos á escombros, árboles tronchados; destrucción, odio, furor, sangre y miseria. El señor Halder y su socio Francisco José Holop, comprendieron que el arte de la pintura aplicada á los panoramas circulares podría servir para algo mejor que glorificar y perpetuar semejantes escenas, y entonces decidieron valerse de las vistas panorámicas, para representar, en lugar de los triunfos y miserias de la guerra, el triunfo del amor al prójimo, la pasión y muerte de Jesús, el grandioso sacrificio en aras de la reconciliación, de la emancipación y salvación de la humanidad; la idea más grande y más noble de cuantas se hallan ejemplo en la historia.

Decidido el objeto, faltaba elegir el artista que reuniera las circunstancias necesarias para ejecutar una obra tan notable. El elegido fué Bruno Piglhein, artista de Munich, que había adquirido ya mucho renombre por sus innumerables cuadros al pastel y brillantes apuntes y bosquejos. Al saberse esta elección anduvieron muy divididas las opiniones respecto de la idoneidad del elegido. Los que recordaban sus figuras de mujer, copiadas de modelos muy apreciados por los artistas, pero no por el público, que por su parte no las consideraba como modelos de virtud, dijeron:

Una interrupción

«Este hombre no es á propósito para pintar una larga serie de escenas tan conmovedoras, sentimentales, desgarradoras y augustas como las de la pasión, muerte y resurrección del Salvador del mundo.» Otros que recordaron sus Centauros, retratos de personas distinguidas y otros cuadros, dijeron:

«Quizás salga bien de la empresa;» y los admiradores de su *Cristo expirante*, de su *Virgen* y de su *Moritur in Deo*, dieron ya por probable el éxito feliz del trabajo que el artista había acometido.

Bruno Piglhein, á pesar de sus estudios y de sus viajes, estaba muy lejos de conocer la naturaleza, la arquitectura, los trajes, costumbres y caracteres de los habitantes del país distante y de la época lejana en que tuvieron lugar los sucesos que se había encargado de pintar. Se puso pues, á leer la Biblia, la historia Sagrada, la geografía de Palestina y las obras notables que sobre la Jerusalén antigua ha publicado el catedrático Max Sattler, de Munich; pero todo esto no bastaba, y era indispensable ver la Palestina, Jerusalén y los sitios más notables por sus propios ojos, pero verlos con ojos de pintor que, como se sabe, ven de otra manera, y otras cosas que los demás mortales. Para esto y para tomar apuntes y componerlos, no bastaba, empero, un hombre solo por artista que fuese, y cierto día del mes de febrero del año 1885, Piglhein, acompañado de su esposa y de los señores Frosch y Krieger, de Munich, emprendieron el viaje en dirección á la Tierra de Promisión.

La primera impresión que recibieron al llegar á Jerusalén no fué favorable, porque estaba lloviendo; todo les parecía monótono.

– Esto es muy tétrico, – murmuró Piglhein; – triste, – añadió el paisajista Krieger, y el pintor arquitectónico Frosch se contentó con exclamar: ¡desconsolador!

Dos cosas abundan hoy día en Jerusalén, á saber: la variedad de sectas y los modelos para los pintores europeos, pero modelos caros.

Los individuos que á esta profesión especial se dedican acosan verdaderamente al artista-viajero, no faltando nunca entre ellos un anciano rabino que pretende descender de los judíos expulsados de España, pero que por ambas cualidades y por su cabeza, realmente hermosa, pide por una sesión 100 francos.

Los musulmanes, en cambio, no se prestan fácilmente á servir de modelo y para obtener sus tipos es menester valerse de la astucia, esto es, del empleo de aparatos fotográficos instantáneos. De ellos y de sus correspondientes utensilios se habían provisto nuestros viajeros antes de salir de Munich, y fingiéndose encargados por el gobierno turco de tomar datos fotográficos plantaban su aparato donde les parecía más á propósito y fotografiaban individuos sueltos y en grupos, atraídos por la curiosidad y el aire misterioso é importante de los extranjeros.

Mejorado el tiempo pensaron nuestros viajeros en trabajar seriamente, pensamiento laudable cuya realización les facilitaron las recomendaciones que llevaban del nuncio del papa cerca del gobierno de Baviera y del arzobispo de Munich para el patriarca y los superiores de las varias órdenes religiosas establecidos en Jerusalén y otros puntos. Con el auxilio, pues, del patriarca y de los religiosos de San Francisco, pudieron sacar vistas de la misma ciudad desde la cúpula de la iglesia del Santo Sepulcro, y de otros muchos puntos. Luego hicieron una excursión de tres días al Mar Muerto, con víveres, cuatro tiendas de campaña, quince caballerías para el trasporte, un intérprete, un criado, hijo del país, y una escolta de beduínos.

El primer día atravesaron el desierto y acamparon por la noche al pie de la montaña de Carantel en cuyas escarpadas laderas han plantado sus sencillas chozas numerosos anacoretas, y mientras el cocinero preparaba con arte las tórtolas y otras aves silvestres que los beduínos habían muerto en el camino con sus certeros tiros, ejecutaron estos infatigables hijos del desierto sus danzas características á la luz de los últimos rayos del sol que doraban la verde cuenca del Jordán. Al día siguiente visitaron respetuosos el sitio donde según la tradición bautizó San Juan á Nuestro Señor. Allí excitó su admiración y compasión un anciano abisinio cristiano que había peregrinado á aquel lugar sagrado para morir allí. Estaba extenuado de hambre, pero fuera de una simple fruta, nada admitió. La expedición siguió su marcha por la cuenca del Jordán hasta llegar al término de su viaje, el Mar Muerto cuyo nivel está 394 m. más bajo que el del Mediterráneo. Los bávaros contemplaron un rato la tranquila superficie, y dos de ellos aprovecharon la ocasión para tomar un baño. El criado Hana, cansado de ir y venir y de correr á recoger los objetos que á sus amos accidentales se les caían á cada paso en todo el camino, por no estar acostumbrados á montar, no les dijo nada á pesar de saber muy bien que el agua salada del lago causa al cabo de un rato una comezón inaguantable si al salir del baño no se lava todo el cuerpo con agua dulce del Jordán; y cuando los dos bañistas prorrumpieron después en lamentos, limitóse Hana á decir impasible: «¿Quién ignora eso?»

Poco después el cielo se cubrió de nubes y cayó un chubasco acompañado de rayos y truenos. La expedición abandonó, pues, aquel sitio á toda prisa y llegó en el estado que es de presumir al convento cismático griego de San Sabas en cuya inmediación plantaron los beduínos las tiendas, que por poco se lleva el viento durante la noche. Al día siguiente hizo buen sol y los viajeros se pusieron en la cumbre de una colina á sacar vistas fotográficas; y la expedición regresó á Jerusalén, y desde allí por Jafa, Constantinopla y Varna á Munich, donde los artistas encontraron ya muy adelantado el edificio circular destinado al famoso panorama en la calle de Goethe número 45. La pieza de tela, de descomunales dimensiones, había llegado también. Medía 15 metros de ancho por 120 de largo. Fué colgada circularmente en los postes del interior del edificio, luego mojada y estirada en este estado con gran número de objetos de mucho peso. Cuando se hubo secado se le dió el fondo blanco, sobre el cual fué proyectado por medio de una especie de linterna mágica el dibujo preparado en diez cartones y en la escala de uno por diez. Estos dibujos, ampliados así diez veces sobre la tela preparada, fueron estampados siguiendo los contornos con carbón, y después se dieron las primeras capas ligeras de color.

Entretanto se habían ido preparando los colores, á la manera antigua, á fuerza de brazos en el taller de Piglhein. El cielo oriental tan trasparente requirió muchas tintas graduadas, obtenidas con diferentes mezclas de albayalde y de azul de ultramar.

Nivelacion del terreno destinado para vestíbulo del Panorama, dibujo de F. Wahle

Nueve meses trabajó Piglhein con sus auxiliares Krieger el paisajista, Frosch el pintor de arquitectura, Heine otro paisajista y Block, discípulo de Piglhein.

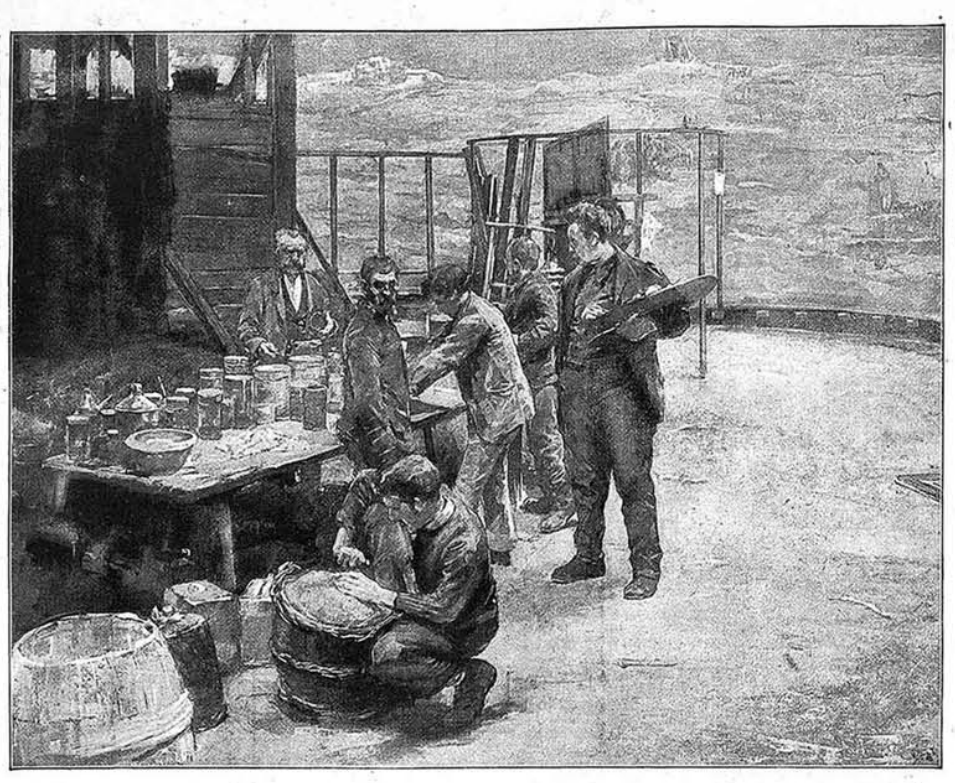
Para pintar aquel cuadro colosal hubo necesidad de construir al rededor de él un elevado andamio sobre ruedas, y desde sus diferentes secciones pintaban asiduamente Piglhein y sus auxiliares siempre que la luz de la melancólica atmósfera alemana lo permitía.

La obra quedó por fin concluída, y en 1.° de junio de 1886 pudo abrirse al público el «Gran Panorama circular, representando la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo, pintado por el profesor Bruno Piglhein.»

El éxito recompensó los sacrificios de todo género hechos por los empresarios Holop y Halder; y Piglhein alcanzó honra y provecho, pues el público acudió á contemplar con aplauso y admiración el magnífico panorama.

El conocido artista F. Wahle ha tenido el capricho de dibujar de un modo original las escenas ocurridas durante el trabajo llevado á cabo por el profesor Piglhein y nosotros las publicamos con sumo gusto para la ilustración de este artículo.

Artículo tomado del periódico: *El arte para todos*.



Molienda de los colores, dibujo de F. Wahle

HISTORIA DE UN HOMBRE CONTADA POR SU ESQUELETO

POR DON MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

(Continuación)

– Sí, señora, español y cazador de búfalos. Traigo una larga jornada desde el Sur; he sido herido por los indios y mis heridas aun no están bien curadas.

– ¿Y qué edad tenía aquel hombre? – dijo con acento inseguro Sandoval.

– Veinticuatro ó veintiséis años, – respondió Clara.

– ¿Y era hermoso?

– Sí, muy hermoso.

– De modo que...

– ¿Sospecha V. que yo pude encontrar un peligro en aquel hombre? ¿es V. de los que creen que la hermosura del hombre es la primera cualidad que necesita para enamorarse la mujer?

– No, pero cuando concurren otras circunstancias...

– En López sólo existían las circunstancias de un desgraciado, y le sirvieron para excitar mi caridad.

– ¡Se llamaba López!

– Sí, sí ciertamente, le conoce V., es don Severo López, el que está al frente de mis negocios.

– ¡Y ese hombre ha sido hermoso!

– Hermosísimo.

– Y ha vivido veinte años al lado de usted.

– ¿Y qué importa? Yo no podía amar á López: había algo de duro en su mirada, algo de cruel en la expresión de su boca: comprendía, sin embargo, que aquella expresión sombría era hija de su desgracia.

– ¿Y ese hombre no la ha demostrado á V. amor?

– Desde el momento en que me vió.

– ¡Ah!

– Pero el amor de López, ha sido siempre un amor respetuoso, concentrado: un amor de hermano, casi de padre, desde poco tiempo después de nuestro conocimiento.

– Creo que López ha procurado engañarla á V., y la ha engañado, haciéndola creer su amor desinteresado y respetuoso, como V. engañaba á su marido, haciéndole creerse amado por usted.

– Sólo Dios puede ver los corazones: los hombres sólo juzgan por las apariencias. López jamás me ha dejado conocer ese amor ardiente que he visto en V. desde el principio de nuestro conocimiento.

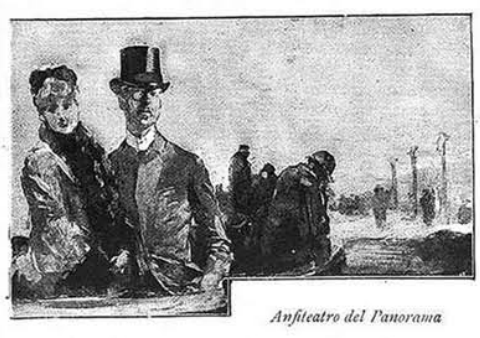
– Es que yo soy franco y leal.

– ¿Quién sabe si se engañará V. á sí mismo?

– ¡Oh! ¡no!

– Continúo, continúo. Hice entrar á López y mandé que le diesen de comer, y luego un aposento en que descansar.

Al día siguiente, me refirió en pocas palabras su historia. Era huérfano. Había venido á México muy joven en la servidumbre del virey: pero demasiado altivo para servir, quiso procurarse su subsistencia de una manera independiente, y se hizo cazador de búfalos. Llevaba ocho años en aquella profesión, decía que estaba cansado de ella, casi enfermo, y que se replegaba á la ciudad para ganar su vida de cualquier modo.



Anfiteatro del Panorama

Acabó pidiéndome recomendaciones para mis conocimientos.

Yo no conocía en México más que á mi marido, y dí á López una carta de recomendación para Lemus.

López partió.

Ocho días después vino con mi marido, que le había empleado como escribiente en la caja.

Desde entonces, López ha estado constantemente á mi lado.

– ¿Amándola á usted...?

– Y respetándome.

– ¡Oh! ¡nunca! ¡nunca me ha gustado ese hombre! – dijo Sandoval.

. . . . . .

XVI

Cortó bruscamente el esqueleto su relación, y dijo dirigiéndose á Arria que le escuchaba con los ojos dilatados y la boca abierta, con las muestras, en fin, del mayor interés:

– Vamos, señor adivinador de sucesos, ¿qué te parece de López?

– ¡Eh! ¡qué sé yo! un hombre que durante veinte años no revela su amor á una mnjer, no la exige nada, ni aun siendo viuda, la ama de una manera especial, desinteresada; no es un amante, es un hermano.

– ¡Ah! ¡pobre tonto! ¡alma inocente que no miras más que la superficie de las cosas!

– ¿Amaba López de otro modo á Clara?

– La amaba con una pasión furiosa; con el furor con que ama al cielo Satanás.

– ¿Y entonces cómo pudo sufrir...?

– Por no perder más.

– No te comprendo: ¿qué menos puede tener un hombre de una mujer á quien ama que no ser comprendido de ella?

– Puede perder... el verla continuamente, el hablar con ella, el gozar de su confianza: pregunta á un amante desesperado qué quiere, y te contestará: me basta con verla, con tenerla á mi lado... es verdad, que cuando un amante consigue eso, desea más; pero López, que no se había puesto en la posición de amante despreciado, porque había comprendido á primera vista que jamás le amaría Clara, tuvo el suficiente talento para asegurar la única dicha que le era posible, no comprometiendo su permanencia en la casa de Lemus, al lado de Clara, con demostraciones imprudentes.

– ¡Bah! eso no puede ser. López no podía amar de ese modo tu hermosa india. Si la hubiera amado así, al verla poseída por otro hombre, hubiera tenido celos; los celos le hubieran matado.

– Ve ahí, ve ahí: López sufrió y sufrió unos celos horribles; pero no murió... encontró mejor matar.

– ¡Ah!

– Escucha, escucha.

– ¿Vas á continuar la revelación de Clara?

– No por cierto. Clara no conocía su propia historia más que por un lado, y yo que la sé, que la conozco perfectamente por todas sus fases desde que he dejado de ser hombre para ser esqueleto, voy á referírtela tal como es por dentro y por fuera. Vas á saber lo que era don Severo López: á lo que había ido á la hacienda de Lemus.

– Pero permíteme, voy á encender otro cigarro. Si tú quieres...

– Gracias.

– He sido gran fumador, – dijo el esqueleto saliendo y volviendo á poco con un cigarro encendido. – Cuando he necesitado pensar, contar, ó hacer algo bueno, mi inspiración ha sido un cigarro. ¡Salud á Colón que descubrió la isla de Cuba! y sobre todo: ¡tres veces salud al que inventó el cigarro!

El esqueleto se arrellanó en el sillón, se envolvió bien en la bata, y prosiguió.

XVII

Estamos en un país virgen.

Atravesamos una selva por los senderos de los gamos.

Arboles gigantescos cruzan sus copas sobre nuestras cabezas, á una inmensa altura.

No hay catedral gótica que tenga una ojiva tan majestuosa.

La luz es opaca. Ni un jirón de cielo se ve bajo el espeso follaje.

Las lianas atraviesan de un tronco á otro, determinando inmensas cortinas.

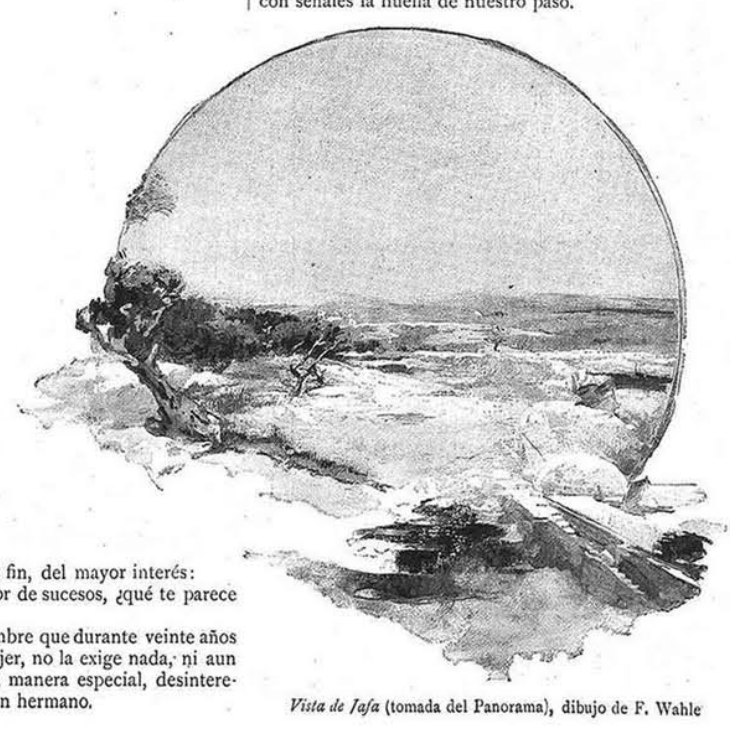
La maleza, segunda selva más baja, envuelve los monstruosos troncos cubiertos de musgo y esflorescencias.

Un tupido césped verdinegro cubre la senda.

Estamos en un desierto silencioso.

Sólo se escucha de tiempo en tiempo el gemido fantástico del viento que pasa sobre las copas de los árboles, repetido allá en lo infinito y de una manera sonora por los ecos de la selva.

Si marchásemos materialmente por aquel intrincado laberinto, sería necesario que para volver determinásemos con señales la huella de nuestro paso.



Vista de Jafa (tomada del Panorama), dibujo de F. Wahle